

## *A Farewell to Gabo and Mercedes: A Son's Memoir,* de Rodrigo García

New York: HarperVia, 2021. 176 pp.  
ISBN: 978-0063158337

## *Gabo y Mercedes: una despedida,* de Rodrigo García.

Traducción de Marta Mesa

Miami: Penguin Random House Grupo Editorial, 2021. 144 pp.  
ISBN: 978-1644733950

Michael Palencia-Roth / Universidad de Illinois

“Finalmente llegó el vacío de las palabras y los recuerdos, que son la vida”, escribe Guillermo Angulo en su homenaje-memorial a Gabo en *Gabo + 8* (Planeta Colombiana, 2021: 15). Si las palabras y la memoria son la vida, la falta de palabras y la desmemoria señalan el camino hacia el morir.

En la versión en inglés del libro de Rodrigo García, el subtítulo “memoir” manifiesta el deseo de recuperar algo de lo ya no recuperable: la vida. El subtítulo de la traducción al español, “despedida,” señala un adiós, sea definitivo o no. Entre estas dos palabras, estos dos sentimientos, se mueve este tierno y bello libro. Rodrigo García escribió su libro en inglés, porque, según ha explicado en varias entrevistas, el inglés es el idioma en el que se siente más cómodo al escribir, y solamente revisó la traducción al español. Cito de la traducción, para los colombianos y colombianistas. Las referencias identifican entre paréntesis: el capítulo, seguido de la página en español y en inglés.

Al principio de su libro, que dedica a su hermano Gonzalo, Rodrigo relata unas conversaciones que tuvo con Gabo. A finales de sus sesentas, Gabo le dice a Rodrigo, “Pienso que todo esto ya casi se termina, pero aún hay tiempo. Todavía no hay que preocuparse demasiado.” A los ochenta, Gabo le dice, “El panorama desde los ochenta es impresionante. Y el final se acerca.” Rodrigo le pregunta, “¿Tienes miedo?” Gabo contesta: “Me da una enorme tristeza” (capítulo 1: 5-6; 5-6).

A nosotros también nos acompaña la tristeza a lo largo de este libro. Pero no todo es tristeza. Hay momentos de suave ironía y de humor. Después de narrar algunas penosas circunstancias en las que Gabo, desorientado, no se acuerda

de esto o lo otro, Rodrigo cita a su padre: “Estoy perdiendo la memoria pero por suerte se me olvida que la estoy perdiendo.” También: “Todos me tratan como si fuera niño. Menos mal que me gusta” (capítulo 5: 19; 18-19). Gabo conservó su sentido de humor casi hasta el final.

Esta es la historia —dolorosa, minuciosa, generosa— de un morir, no de minuto a minuto, pero sí de episodio en episodio, y de los seres queridos que presencian los pasos hacia la desaparición: Mercedes, Rodrigo, Gonzalo, los nietos, uno que otro amigo, el personal de la casa.

Una mañana en los primeros días de marzo de 2014, Rodrigo García llamó a su madre por teléfono desde California para preguntarle por su padre, que llevaba dos días en cama. “No come y no se quiere levantar,” le dijo Mercedes a su hijo. “Ya no es el mismo. Está apático.... De esta no salimos.” “¿Así es como empieza el final?” se preguntó Rodrigo (capítulo 2: 7; 7). Y Gabo moriría el 17 de marzo. Quienes han presenciado la declinación corporal y mental —la muerte pronosticada y anticipada— de un ser amado reconocerán las etapas hacia la desaparición de Gabo. Rodrigo nos lleva, con pulida prosa, discreción y amor, a lo más íntimo del morir de su padre. Recuenta en especial también el estoicismo y la paciencia de su madre en estas semanas, ella también con problemas de salud por cáncer.

La lenta declinación que es a veces el morir en el seno de la familia ha de ser cosa privada e íntima, experimentada por la familia, los más cercanos amigos, y el personal médico y de la casa. Esto no le fue permitido a la familia de García Márquez. Su fama era tal, y por tantos años, que para muchos Gabo pertenecía al público. Para la familia, y para Rodrigo en su narrativa, fue importante evitar que su muerte

se convirtiera en espectáculo. Él ha dicho en entrevistas que estaba “preocupado de no traicionar la vida privada de la familia.” Y lo ha logrado.

El libro se estructura, tanto en el inglés original como en su traducción, alrededor de largas citas: primero la cita de la muerte del coronel con su frente apoyada en el tronco del castaño (*Cien años de soledad*); luego los últimos momentos de Simón Bolívar en las últimas líneas de *El general en su laberinto*; entonces la muerte de Úrsula en *Cien años de soledad* en un jueves santo. Después cita la muerte del patriarca en *El otoño del patriarca* en el camino “hacia la patria de tinieblas de la verdad del olvido.” Por último, Rodrigo cita el final de *El amor en los tiempos del cólera* y su frase inolvidable que “es la vida, más que la muerte, la que no tiene límites.” Cada cita, en esta crónica de la muerte anunciada de Gabo, nos obliga a recordar su obsesión constante por la muerte. Así como en el epígrafe a *Vivir para contarla*, todo —el novelar, el vivir, y luego el morir— es parte de un mismo contar, un contar que existe a partir del recuerdo, tanto el de Rodrigo como el de Gabo.

Cinco días después de su muerte, se le hizo una ceremonia de homenaje en el Palacio de Bellas Artes, en Ciudad de México, a la cual asistieron los presidentes de México y de Colombia, muchos amigos cercanos a la familia, y gente común y corriente. Después de la ceremonia, la familia de García Márquez regresó con la urna —que Gonzalo cargaba en sus manos— a su casa en Fuego 144 en el Pedregal de San Ángel. Con ellos estaba Guillermo Angulo (Anguleto, como lo llamaba Gabo), uno de sus más antiguos y leales amigos. Se habían conocido desde cuando Gabo vivía en París. Angulo se quedó por un tiempo con la familia. Al despedirse del personal de la casa, tuvo esta última conversación con Mónica Alonso, la secretaria de Gabo por muchísimos años:

Unos meses antes de su muerte [le dice Mónica a Guillermo Angulo], lo vi desocupado, pensativo, con ganas de hacer algo, pero sin saber qué. Entonces, sin preguntarle, le pasé un ejemplar de *Cien años de soledad*, de los muchos que hay en la biblioteca. Ni el título, ni la parte gráfica de la edición, ni el nombre impreso del autor le dijeron nada. Empezó a leer el libro con dedicación, descansando solo para comer y dormir. Tres días después, terminada la lectura, cerró el libro y, con una sonrisa apenas insinuada, me miró y, en un spanglish costeño que usaba a menudo, dio su inapelable veredicto: “Ese *man* sabe escribir.” (Angulo, *Gabo* + 8: 212)

“Una sonrisa apenas insinuada.” ¿Desmemoriado? Quizás, pero no en todo momento. En algún recinto de su cabeza aún sabía quién era ese *man* y qué es la literatura. Quienes lo hemos apreciado y querido por medio siglo y aún

más, sentimos tristeza al imaginarnos la escena. Sabíamos que ya durante años Gabo estaba perdiendo la memoria y la capacidad para reconocer a sus amigos y hasta recordar lo que había sucedido el día anterior. Pero no nos habíamos imaginado el inmenso y creciente vacío que llegó a ser su cabeza en esos últimos meses.

También en la narrativa de Rodrigo hay momentos de lo que yo llamo “Gabotoques”: detalles o anécdotas que parecen surgir del mundo de Macondo. Por ejemplo, en la mañana en la que Gabo moriría, apareció un pájaro muerto dentro de la casa. Se había estrellado contra el vidrio y caído en el sitio del sofá en donde Gabo solía sentarse. Después de varias conversaciones entre el personal de la casa (no le contaron a Mercedes), se decidió enterrar el pájaro en el jardín cerca de donde, años atrás, habían enterrado al loro. Es un guiño doble, a los pájaros muertos de “Un día después del sábado” y al loro de *El amor en los tiempos del cólera*. Gabo murió el Jueves Santo; Úrsula Iguarán también murió un Jueves Santo. Ella es luego enterrada “en una cajita,” lo cual nos recuerda que los cremados restos mortales de Gabo fueron a reposar, no en una cajita, pero sí en una urna que, años después, se trasladaría a Cartagena. El pasaje de la muerte de Úrsula figura en *Gabo y Mercedes* (entre los capítulos 21 y 22: 64; 66-67).

Unos dos días antes del jueves de la muerte, Rodrigo subió al cuarto de su padre. Lo encontró “quieto, como si estuviera dormido” (capítulo 16: 45; 47). Ahí, frente a su padre en la cama, Rodrigo empezó a recordar momentos en los cuales Gabo se había encontrado cara a cara con la muerte, por ejemplo, desde niño cuando, desde la puerta de la casa en Aracataca, vio pasar en la calle a unos hombres cargando un cadáver, la esposa siguiendo detrás, con el hijo de una mano y la cabeza del marido en la otra. Se acordó también de la desconsolación de Gabo cuando subió al cuarto de dormir en 1966 y le dijo a Mercedes, “Maté al coronel.” Rodrigo termina este capítulo con el siguiente párrafo: “El viaje desde Aracataca en 1927 hasta este día del 2014 en Ciudad de México es tan largo y extraordinario como se puede emprender, y esas fechas en una lápida ni siquiera podrían pretender abarcarlo. Desde mi punto de vista, es una de las vidas más venturosas y privilegiadas jamás vivida por un latinoamericano. Él sería el primero en estar de acuerdo” (capítulo 16: 48; 50).

Ambas ediciones incluyen fotografías: en la edición en inglés las fotos en sepia, en la edición en español la mayoría de las fotos a color, como si en inglés el pasado fuera tiempo cerrado, mientras que en español sigue más en vida. La edición en inglés tiene recursos para el lector norteamericano que no se necesitan para el lector colombiano: una cronología de la vida de Gabo, una bibliografía básica de obras de Gabo publicadas en inglés, y una nota biográfica sobre Rodrigo.

El libro de Rodrigo García es un testimonio a un matrimonio sin par, una carta de amor y admiración a su padre (El Gabo) y a su madre (La Gaba). A los dos. Rodrigo le dedica un último capítulo a la vida póstuma de Gabo y a la declinación y muerte de su madre en agosto de 2020 en Ciudad de México. La Gaba, el centro de todo, “siempre sólida y

firme,” fue para todos los García Márquez, los hijos y los nietos, la persona que, mejor que cualquier otra, sabía cómo dirigir con destreza “el mundo que el éxito de mi padre les proporcionó” (capítulo 32: 101; 112).

Tierno y bello libro. El hijo del escritor es también escritor.